

A los principios, sin tener zozobra,
A causa de que entraron en el valle
A hora que los ojos ocupaba
Nocturna quietud y blando sueño;
Y así prendieron gran copia de gente,
Y al principal cacique de la tierra
Con todas las preseas y caudales
Que tienen hombres ricos, sin sospecha
De ser acometidos y asaltados;
Mas no supo gozar desta ventura
Por esperar a la tener mas llena
Rogado del cacique, que le dijo:
«No cumple, capitán, tan brevemente
Hacer esta mudanza ni desvío,
Si quieres buen rescate desta gente
Y salir de miseria con el mío,
Porque lo daré tal que te contente,
Y demás desto todo buen avío,
Como dos ó tres dias mas esperes
Para llevar el oro que quisieres.
» Ya saben cómo estoy aprisionado
Mis amigos, mis deudos y herederos,
De los cuales estoy bien confiado
Que vernán ellos ó sus mensajeros
A dar dentro del tiempo señalado
Por mi rescate copia de dineros;
Y á trueco de llevar mayor ganancia,
Dos dias mas es breve la distancia.»
Esto dijo debajo de cautela
Aquel astuto bárbaro, y el otro
Vencido de cudicia, comun lazo
En que caen los hijos deste siglo,
Creyó la falsedad del enemigo,
De quien aun la verdad es sospechosa,
Pues es de presumir cuando la dice
Ser para dar sazón á sus engaños;
Y así llegada ya la madrugada
Del dia que esperaban la riqueza,
Acometiéronle tempestad horrible
De flechas, piedras, dardos y macanas,
Y tan apresurado torbellino
Como viento tifónico revuelve
Cuando con mas furor se precipita
Y de sus soplos fuertes impelidas
Las cosas ponderosas van volando:
De tal manera que los españoles
Fueron de sus asientos removidos,
Atentos todos ellos solamente
A las seguridades de sus vidas,
Sin dárseles lugar á que retengan
La presa de captivos ni despojos,
Antes en momentánea distancia
Fueron desposeidos, y aun dejaron
Algunas cosas mas aquellos traían,
Juzgando por grandísima ventura
Escapar con las armas en las manos,
Con cuyos presurosos golpes hienden
Cabezas y andan miembros palpitando
De los que quieren mas aventajarse
En aquel furioso rompimiento.
Adonde sin temor de las respuestas
A dura resistencia se abalanzan,
Mas no sin el castigo sanguinoso
Que sacan los que llegan á las manos,
Que no quieren atarse ni rendirse
A la disposición de las contrarias;
Porque con los aceros afilados
Y violentas pilulas de plomo
A muchos entregaban á la muerte,
Y á los demás templaban el orgullo
Para que no llegasen tan sin freno
A los que caminaban retrogrados
A su campo, mas no tan libremente
Que no les fuesen siempre dando caza,
Sin que cesasen de una y otra parte
Los jáculos y tiros salitrosos,
Y sin que con obscuro ni con claro
Les diesen un momento de reposo,
Hasta llegar cercanos al asiento
Adonde el general los esperaba.
Cuyos oídos como percibiesen
El estampida de los arcabuces,

Reconoció la quiebra que traían
Y despachó socorro de soldados
Que llegaron á buena coyuntura
A los que deseaban el presidio,
Porque demás de que venían faltos
De municiones para defenderse,
Estaban muchos dellos mal heridos,
Y mas el capitán Rivadeneyra,
A quien en las horrisonas refriegas
Dieron cinco flechazos peligrosos,
Y todos se juzgaban por perdidos
A no llegar la gente de refresco;
Pero con su favor fué rebatido
El bárbaro tumulto brevemente,
Y sanos y heridos españoles
Llegaron á su campo, donde fueron
Con la posible cura reparados,
Cortándoles las carnes lastimadas,
Y con ardientes hierros las heridas
Quemadas fuertemente, porque pierda
El veneno mortífero la fuerza,
Por ser de los antidotos aqueste
El que se tiene por mas eficaz.
Luego Gaspar de Rodas, viendo flaco
Recurso de comida en Itúango,
Y començar las aguas del invierno,
Determinó, por ser mas proveída,
Volver á la provincia de Norisco;
Y así para buscar gente de carga
Salió por capitán Andrés de Soria
Con treinta compañeros bien armados,
El cual en breve tiempo trajo mucha
Gente de los confines de Agrazava.
Y este cacique, como no pudiese
Quitar la presa por salirse fuera
El Soria brevemente con el salto,
Vino de paz con otros principales,
Y al general le dió copia de oro,
Ansi por amistad y vasallaje
Como por redempcion de sus captivos
Que llevaron las cargas á Norisco;
Donde hasta pasar el hiemal curso
Tuviron sitio bien acomodado,
De cosas necesarias proveído
A las espensas de Tacujurango.
Salió luego Pineda con cincuenta
Soldados animosos al castigo
De Teco, por aquel atrevimiento
Que tuvieron y queda declarado;
Y como fueron bien aperecebidos
Y en ajenas cabezas avisados,
Tomaron á su gusto la venganza
Sin que bárbara mano les ofenda
Ni pueda resistir á la cristiana.
La cual, después de Teco castigado,
Rompió por la provincia de Cúisco
Y por Arauca y valle de Túingo,
Que las corrientes del Cenú visitan
Y hacen rico con dorados granos,
Cuyas impetuosas aguas vienen
De Carauta, Itúango, Ceracuna,
Y guían con aumento su carrera
Por Guacuceco, Nitaná, Pubío,
Peberé y otras tierras montuosas
De naciones crueles indomables
Y de riqueza que es inestimable
Por los veneros prósperos que tiene
El húmido compás destas montañas.
Cuyos secretos deseaban todos
Fueron reprehendidos por el yerro
De no seguir el curso de las aguas
Del rio del Cenú por él abajo,
Cuya noticia que tenían antes
Les prometia prósperos despojos.
Mas no faltó quien por tentar la suerte,
Del yerro recibió contentamiento:
Este fué Juan Velasco, deseando
Hacer aquel viaje, y así pide
Con gran instancia se le dé licencia,
La cual le concedió Gaspar de Rodas,
Con orden que no fuese la tardanza
En dar la vuelta mas de treinta dias.
Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Que tienen á las gentes españolas,
Callaron la verdad, diciendo: «Pobres
Son todas las provincias adyacentes
A las marinas ondas y riberas;
Mas á las cabezadas deste rio
Hallareis poblaciones opulentas,
Y gozareis de próspera ventura;
Que tal es la que tienen sus vecinos
En quietud y ocio, porque nunca
Allí llegaron gentes extranjeras
Que sus ricos caudales disminuyan.»
Fueron aquestas nuevas apacibles
A nuestros españoles, y dejando
Abajo lo que mas les convenia,
Siguiéron la derrota de Carauta,
Espacio de tres dias de camino
Por páramos y riscos levantados
De tierra frigidísima y helada,
Que la hacia mas intolerable
La pluviosa fuerza del invierno.
Hallaron buen abrigo, porque luego
Les salieron de paz los moradores,
Aposentándolos benignamente
Con todos los regalos y caricias
Que podia hacerles gente pobre;
Pero de los soldados por ventura
Algunos indios fueron agraviados,
Pues que por un atajo no sabido
De nuestros españoles, que pensaban
Estar prolijas leguas de su campo,
Fueron al general á dar querellas
Contra los que hicieron el agravio;
Y por Gaspar de Rodas entendida
La razon y la parte donde estaban,
Después de halagar los querellantes,
Despachólos con cartas, por las cuales
Al Pineda mandaba que se vuelva,
Y á los demás que no le reconozcan
Por capitán, ni pasen adelante,
Sino que luego, pues están cercanos,
Procuren de venir á su presencia.
Abreviaron los indios el camino
Y dan las cartas á los descuidados
De recebillas, donde presumian
No poderse tener noticia dellos;
Pero sin rehusar el cumplimiento
De lo que les mandaba, se partieron
Por el camino breve que los indios
Usaban en los tractos de Norisco,
En aquel tiempo via peligrosa,
A causa de pasar por un altura
De tierra rasa, fria, despoblada,
Que páramo llamamos comunmente,
Do corren insufribles ventisqueros,
Imbriferos y tales que traspasan
Sus pluviosos soplos las entrañas,
De donde resultó quedarse yertos
Y sin vital calor doce sirvientes,
Y á dos ó tres soldados cuya ropa
Era de poco tomo, por librallos
Del áspero rigor del viento y agua,
Los fueron á gran prisa vareando
Para les dar calor, por ser remedio
En tal necesidad con que se escapan
Algunos deste gélido rocío.
Al fin saliendo desta destemplanza
Llegaron á Norisco, temple grato,
Donde del general y los amigos
Fueron reprehendidos por el yerro
De no seguir el curso de las aguas
Del rio del Cenú por él abajo,
Cuya noticia que tenían antes
Les prometia prósperos despojos.
Mas no faltó quien por tentar la suerte,
Del yerro recibió contentamiento:
Este fué Juan Velasco, deseando
Hacer aquel viaje, y así pide
Con gran instancia se le dé licencia,
La cual le concedió Gaspar de Rodas,
Con orden que no fuese la tardanza
En dar la vuelta mas de treinta dias.
Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Destrisimos soldados y animosos,
Los cuales ya llegados á la parte
Donde Pineda tuvo ranchería,
Bajaron por orillas de aquel rio,
Y en menos de dos dias de jornada
Descubren generosas poblaciones
Que se continuaban por espacio
De mas de veinte leguas, tierra fértil,
De saludables aires y apacible
Ampollada de cerros sin montañas,
Sino zavasanas llenas de culturas.
Dieron en los primeros moradores,
Incautos, sin sospechas deste daño,
Adonde recogieron manos prestas
Chagalas y otras joyas de oro fino,
Y demás desto cantidad de ropa
De tela de algodón y otras preseas
Preciadas entre bárbaro gentío,
De maíz casas llenas, y cecinas
De puercos, jabalies y venados,
Abundancia de sal y de pescado,
Diversas fructas y regalos otros
Que producen las tierras abundantes;
Y con aqueste cebo procedieron
Por esta poblacion continuada
Dos ó tres dias mas, y como viesan
Quedar á las espaldas mucha gente,
Antes que se convoquen los vecinos
Derramados en varias granjerías
En aquella sazón, determinaron
De se volver con esta rica presa
Al castellano campo, donde fueron
Con aplauso solemne recibidos,
Ansi por los despojos que traían
Como por la razon que se les daba
De lo que la provincia prometia,
A la cual unos y otros anhelaban;
Y así Gaspar de Rodas pidió votos
Para fundar ciudad en Itúango
En parte convenible, y en asiento
Cuya comodidad correspondiese
A lo lejano y á lo mas vecino;
Y de conformidad de todos ellos
Escogieron el sitio que diremos
En el octavo canto que prometo.

CANTO OCTAVO.

Donde se trata de la fundación de la ciudad llamada San Joar de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Caratajal, para que le sucediese en el cargo.

Al tiempo que por proprio movimiento
Apolo visitaba la doncella
Con sus dorados rayos influyendo
Secas operaciones con templanza,
Y en estos hemisferios comenzaban
Los apacibles dias del verano,
Gaspar de Rodas con sus españoles
Salió de la provincia de Norisco
Y en Itúango puso sus banderas;
Donde después de tantear la tierra
Y aquellos términos que pretendia
Hacer anejos á la nueva planta,
Parecióle ser sitio conveniente
La parte que llamaban Paramillo,
Que distaba dos leguas poco menos
Del rapidísimo rio de Cauca,
Y allí fundó ciudad en obediencia
Del máximo monarca don Filipo,
Con nombramiento de San Juan de Rodas,
Porque el del fundador fuese notorio
A la posteridad en aquel suelo:
Lo cual fué por el año de setenta,
A diez dias andados de setiembre.
Nombrado pues cabildo y regimiento
Y hechas las comunes diligencias,
Con dia, mes y año, según suelen
Hacerse semejantes fundaciones,
Revolvió sobre Pequi é Ibijico,

Provincias mas cercanas de Antioquia,
Para mas subyectar los moradores
Y dalles á entender cómo tenían
De dar el vasallaje y obediencia
Al prepotente rey de las Españas,
Y acudir con demoras y tributos
A quien por él les fuese señalado;
Y cuando lo de Pequi visitaba
Con el intento que tenemos dicho,
Recibió cartas de los de Antioquia,
Por las cuales avisan que venia
Para tomalle cuenta de lo hecho
El don Alonso, como ya tractamos
En las quejas de Francisco de Ospina:
Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,
Volvióse con la gente que tenia
Al nuevo pueblo que dejó fundado,
Y repartió la tierra por soldados,
Segun lo que juzgó de cada uno,
No tan á gusto de conquistadores
Que no dejase muchos descontentos,
Por ser cosa comun en tierras nuevas
El querer cada cual ser preferido,
Y es imposible que el humano seso
Vaya tan regulado y advertido
Que se pueda medir con el de todos
En cosas de interese, mayormente
Cuando de pundonor llevan mistura.
Aumentóse también aqueste odio,
Porque las suertes y repartimientos
De Pequi é Ibijico no se dieron
A los del pueblo de San Juan de Rodas,
Antes á Santafé las adjudica,
Tomando para sí lo mas granado,
Porque segun parece fueron antes
A los vecinos della repartidos.
Puestas en estos términos las cosas
Que por su voluntad se disponian,
El Rodas se partió para su casa,
Dejando su poder á Juan Velasco
De justicia mayor y de teniente,
Con orden que dejasen aquel sitio
Y en el valle de Feco se plantase
El nuevo pueblo con el mismo nombre,
Porque le pareció ser mejor puesto
Para su duracion y permanencia,
Y ser el sitio donde fundó pueblo
Años antes el don Pedro de Heredia,
Que duró poco, como queda dicho
En lo que se tractó de Maritúe,
Del cual salieron pocos con la vida,
Y entrellos el buen padre Juan de Frias.
Allí pues se mudó con descontento
De muchos que con estas pesadumbres
Determinaron de hacer ausencia,
Hurtándose por via fugitiva
E yéndose la vuelta de Antioquia;
De donde resultó que los de Pequi
Matasen al pasar por su provincia
Algunos españoles principales,
Que tales fueron un Gonzalo Verde
Y Alonso Maldonado, dos soldados
Indignos de remate tan acerbo;
Pero Gaspar de Rodas llegó salvo
A Santafé, do fué bien recibido
De todos sus amigos y vecinos,
Quejoso de don Alvaro, diciendo
Que en pago de servicios señalados
El cargo le remueve y enviaba
Juez que le tomase residencia;
Mas aquesta cesó, porque le vino
Entonces al don Alvaro la suya,
Y habia para gobernar la tierra
Llegado don Hierónimo de Silva,
Y en la misma sazón y coyuntura
El Andres de Valdivia, de la corte,
Con el gobierno dentre los dos rios;
El cual, como ya queda declarado,
Siendo por Lucas de Avila movido
Y á sus espensas propias aviado,
A costa de quien dél se confiaba,
Trajo gobernacion ya desmembrada

De la de Popayán, como la vemos.
Fué su llegada pues mes de febrero
Y por el año de setenta y uno
A Santafé, la villa de Antioquia,
Adonde presentó las provisiones
Que por su Majestad le fueron dadas;
Y aunque las condiciones declaraban
Que no cayesen en gobierno suyo
Los lugares poblados de españoles
Ni de los bárbaros pacificados,
De tanta fuerza fueron sus astucias,
Caricias y promesas á vecinos,
Que lo reconocieron en la villa
Por su gobernador, y los del pueblo
Recién fundado de San Juan de Rodas,
Sobre lo cual después ovo litigio
Entré y don Hierónimo de Silva
En la real audiencia deste reino,
Que no fué por entonces definido,
Porque luego Valdivia, con deseo
De conservar la gente que quedaba
En aquel pueblo de San Juan de Rodas,
Y en trance peligroso, por ser pocos
Para se defender de las provincias
Que estaban alteradas nuevamente
Con menoscabo de los españoles,
En Juan Velasco hizo nombramiento
De justicia mayor, y envió gente,
Ganados, municiones y pertrechos,
Entre tanto que con mas aparato
Entraba su persona por la tierra,
Con lo cual se animaron y salieron
A castigar á Pequi, do mas daño
Con simulada paz habian hecho;
Y así los españoles con silencio
Nocturno dieron en los delincuentes,
En los cuales tomó cristiano marte
Venganzas á medida del deseo:
Prendieron al cacique, y un mancebo
Gallardo y animoso, fué de siete
Soldados en un patio rodeado,
El cual con la macana ponderosa
Con tal brio y valor se defendia
Que espíritu maligno no pudiera
Poner en tal aprieto tantos buenos:
Espadas rebatia, y en pedazos
Hace volar escudos y rodela,
Lastima y abuyenta, hace plaza
Como si con ancipite montante
Diego Garcia de Paredes fuera;
Los nuestros, ya confusos y corridos,
Por una y otra parte perseveran
Los unos y los otros, hasta tanto
Que el joven orgulloso fué rendido;
Y aquellos españoles, con la saña
Y enojo que tenían de que un indio
Ansi los ojease con sus golpes
Y á muchos lastimase con el palo
Por pechos, por espaldas y cabeza,
Le dan innumerables cuchilladas,
Y con agudas y aceradas puntas
Espesas estocadas á porfia,
Pero ninguna hizo mas efecto
Que plumas derramadas por el viento,
Tanto que muchos dellos sospechaban
Que debia de ser algun demonio;
Y como tanto hierro no fué parte,
Tentáronlo matar por otra via,
Queriéndolo empalar, y Alonso de Arce,
De quien memoria hice muchas veces,
De compasion movido por ventura,
Por no ver espectáculo tan duro, dijo:
«Señores, es trabajo vano
Aquesa diligencia que se intenta,
Pues no puede perder este pagano
La vida por herida violenta:
Miradle bien las rayas de la mano
Los que con cirromancia teneis cuenta,
Y vereis que bañó miembros viriles
En las estigias ondas como Aquiles.»
Y pues que fué por Tetis encantado
De tal manera que la punta dura

De tanto puñal lucio y afilado
En él no hizo mella ni rotura,
Disponga dél su favorable hado,
Y vayase con Dios y su ventura:
Terná bien que contar del captiverio
Y nosotros también deste misterio.»
Esto dijo con buenas intenciones,
Mas contra ellas Gavilán discanta,
Diciéndole: «También hay opiniones
Que el gran Aquiles no mojó la planta,
Y así no banaría los talones
Este, ya que bañase la garganta,
Y allí conviene que hagamos prueba,
Porque con tanto brio no se mueva.»
Al fin se le cortaron los garrones
Y orejas, porque fuese conocido;
Y si de doce meses á esta parte
No es muerto, todavía permanece
A nuestra fe cristiana convertido.
Con aquesto de Pequi se salieron
Y se volvieron á San Juan de Rodas,
Adonde consumieron hartos meses
En guerras de los indios comarcanos,
Hasta tenellos un poco quietos;
Mas ellos no por esto se quietan,
Antes como quedase Juan Velasco
Con grandes aficiones á las tierras
Confinas al Centú, que descubrieron
Cuando por las riberas de aquel rio
Bajó con los cuarenta compañeros,
Determinó volver con menos gente
Por no dejar el pueblo sin recado,
Y así bajó con treinta solamente,
Hombres de quien podia bien fiarse,
En trances arriscados en consejo,
Con seis caballos y otros tantos perros,
Cuyas entrañas impías estaban
En las de gente bárbara cebadas,
Y acostumbrados á los rompimientos,
Donde suelen hacer mortal estrago,
En tanto grado que sulfúrea bala
Ni jara despedida de ballesta,
Entre los indios no se teme tanto,
Aunque necesidad suele mostralles
En repentino salto la defensa,
Que es dalle cebo con siniestro brazo
Y descargar el diestro con la maza,
Desmenuzando cascos y quijadas
Del incesuto lebrél que sin reguardo
Fajó con el gandul aperecebido,
Y así queda por cebo hartas veces
De aquellos en quien él suele cebarse.
Llegaron pues los treinta compañeros
Con estas prevenciones á las tierras
De Cúisco y Araque y Guacuevo,
Donde los naturales con fingida
Y simulada paz los recibieron,
Y donde con los dones ordinarios
Tuvieron generoso cumplimiento;
Pero las muestras iban aforradas
En falsas y dañadas intenciones,
Encaminadas á les dar la muerte,
Para lo cual se fueron convocando
Todos los principales de la tierra;
Mas la fiel Inés, india ladina,
Criada de Alvar Sanchez, un soldado,
Intérprete cabal de aquella lengua,
Con otras desta tierra conversando,
Coligió por preñeces de palabras
Haber algunos perfidios concertos,
Y en la prosecucion de sus preguntas
Enteramente fué certificada
Del número de gente que venia,
El día del conflicto y en la parte
Que la bárbara turba se congrega:
De todo lo cual fué por esta noza
Su señor Alvar Sanchez avisado,
Y este soldado, como bien rompido
Y destas amistades sospechoso,
A los demás habló desta manera:
«Señores, nunca tuve buen conceto
De la mucha llaneza desta gente,

Ni lo debe tener quien es discreto
En venir á la paz tan facilmente,
Siendo cualquiera dellos inquieto,
De soberbia cerviz y dura frente;
Y esta sospecha mia corrobora
Lo que quiero decir y oírreis agora.
Tengo noticia, no por fantasías,
Sino por verdaderas relaciones,
Que de todas aquestas serranías
Se van juntando bravos escuadrones:
Y los que nos regalan son espías
Que nos descuidan con sus ilusiones
Y apariencias de llanos pensamientos
Para mejor salir con sus intentos.
Y si quereis en juegos semejantes
Ganar la mano, que es lo mas seguro,
Podeis muy bien, si dais en ellos antes,
Que por su parte llegue trance duro;
Pues para lo hacer somos bastantes
Si les acometemos con obscuro,
Mayormente que hoy desta cautela
Ningun bárbaro dellos se recela.»
Este parecer fué del Alvar Sanchez,
Y á todos pareció consejo sano,
Porque demas de ser el mas seguro,
Ranchearan allí ricos despojos,
De que los indios tienen abundancia,
Por ser inestimable la riqueza
De que gozan aquellos naturales;
Mas Juan Velasco, como pretendia
Ganar fama y honor por ser primero
Que hacia de paz estas provincias,
Tuvo por cosa desproporcionada
Pagar las buenas obras recibidas
Y beneficios con alevosía;
Y así contradiciendo sus razones,
Les dijo: «Caballeros, cosa fea
Seria para gente tan cristiana
Perturbar con escesos de pelea
La paz que se nos da de buena gana;
Demás desto, no cumple que se crea
Cualquier susurro ni habillita vana,
Pues muchas veces salen los efetos
Contrarios de sospechas y concetos.
Error es que por cierto se celebre
Cuanto suele herirnos el oido;
Y aunque sea verdad que de tal fiebre
Bárbaro morador esté herido,
Por parte de nosotros no se quiebre
La paz que les habemos prometido,
Pues mas tenido es á no rompella
Quien mas conocimiento tiene della.
A la guerra veníamos volando,
Y en ella se hiciera gran instancia,
Si no halláramos hospicio blando
Y á gusto del deseo la ganancia;
Tenemos, si se fueren maleando,
Los mismos brios, armas y substancia:
Lo que entonces pusiéramos por obra
Haremos si llegare la zozobra.
Pero seríanos muy mal contado
Si comenzamos antes que comiencen,
Por habernos á todos regalado
Con obras que los buenos se convencen;
De nuestra parte no se les ha dado
Ocasión para que se desverguencen:
Solo resta vivir con vigilancia,
Y que nos mejoremos en estancia.
Bajémosnos al valle de Nitana,
Pues dista de nosotros poco trecho:
Gozaremos allí de tierra llana
Y ternemos lugar mas á provecho;
Si vinieren, quizá vernán por lana
Y volverán pesantes de su hecho:
Aquesto me parece que se ordene,
Y allá veremos lo que mas conviene.»
Aquesto dicho, convocó los indios
Del pueblo donde estaban alojados;
Y con intérprete que declaraba
En idioma dellos sus palabras,
Gran rato les estuvo predicando,
Dándoles á entender que son vasallos

Del gran Filipo, rey de las Españas,
 Universal señor del Mundo-Nuevo
 Y de otros muchos reinos y provincias,
 El cual, como católico cristiano,
 Con ardiente deseo de que todos
 Se salven y ninguno se condene,
 A ellos les mandó venir agora
 A les mostrar certísimo camino
 Por do puedan subir a las alturas
 De Dios, donde los bienaventurados
 Están gozando de perpetua gloria
 Y gozarán sin fin, porque guardaron
 La regla de sus santos mandamientos
 Y conocieron ser un Dios inmenso,
 Trino en personas y en esencia uno,
 Y causa de ninguna dependiente,
 Antes universal, de quien dependen
 Todas las causas, y el autor que hizo
 El cielo, tierra y mar y lo criado,
 Y cuantas cosas vemos y no vemos,
 Y el hombre para que gozase dellas,
 Al cual hombre también hizo de nada,
 Y dió capacidad y entendimiento
 Y el albedrio libre, con que haga
 Buenas ó malas obras libremente,
 Pero quien mal hiciere con su pena,
 Y aquel que bien obrare colocallo
 En las eternas sillas de su gloria;
 Y que en aqueste Dios omnipotente,
 Que es sumamente sabio, justo, bueno,
 Habian de creer y dalle siempre
 Cánticos á su modo de alabanzas,
 Servillo, bendecillo y adorallo,
 Y no como lo hacen á las cosas
 Que fabricaron ellos con sus manos,
 Ni á sol, ni luna, signos ni planetas,
 Rios ni fuentes, montes ni lagunas,
 Pues eran todas estas criaturas
 Que Dios habia hecho por el hombre,
 Y todos bendecian y adoraban
 Al mismo por quien ellas fueron hechas,
 Que es el Dios en quien creen los cristianos,
 Y que creyesen que esto que les dice
 Era pura verdad, sin haber dolo
 Ni mezcla de mentira ni patraña,
 Porque lo principal de su venida
 Es á los instruir y sacar fuera
 De las tinieblas ciegas de ignorancia,
 Donde el demonio los tenia presos
 Para llevar sus almas al infierno,
 Lo cual conocerian claramente
 Cuando viesen otra vez á vellos
 Y á declararles esto mas despacio,
 Porque agora no pueden detenerse
 Por cumplilles pasar mas adelante.
 Para lo cual rogaba que les diesen
 Hombres que les llevasen el bagaje,
 Y les encomendaba que tuviesen
 La paz y el amistad inviolable,
 Pues ellos ansimismo prometian
 De selles para siempre favorables,
 Y defender sus casas y sus tierras
 De cuantos intentasen ofendellos.
 Con esto concluyó su parlamento,
 Pero los bárbaros, en sus inicuos
 Intentos pertinaces y obstinados,
 Por palabras humildes y aparencias
 Fingidas, manifiestan ser muy bueno
 Aquello que les dice y amonesta,
 Y que lo cumplirán como lo manda;
 Y así le dieron luego para carga
 Ochenta robustísimos gandules,
 Que cada cual llevaba su macana,
 Costumbre suya cuando van cargados,
 Para que la molestia del camino
 Con el báculo sea menos grave,
 Mas agora con otro fin se mueven,
 Y era para valerse contra ellos
 Cuando viesen sazon y coyuntura,
 Segun que ya tenían acordado.
 Partieron pues, y fueron caminando
 Hasta cierta quebrada montuosa,

Donde los esperaban encubiertos
 Mil y quinientos hombres bien armados,
 Y al tiempo que pasaban sin sospecha
 Del riguroso trance repentino
 En avanguardia dieron los salvajes
 Con impetu terrible y espantable:
 Rompen los aires las horrendas voces;
 Ocupan el camino los tostados,
 Jáculos de veneno proveidos;
 Este cae y aquel va traspasado,
 Otros andan á brazos con la muerte
 Y al cabo se despiden de la vida,
 Porque quien de los unos se hurtaba
 Con el valor y fuerza de sus manos,
 Mas adelante halla quien le roba
 Espíritu vital y gallardía.
 Como quien naufragó cerca de puerto
 Dejando ya la nave sumergida
 Do muchos perecieron, y él se vale
 De sus robustos brazos, y nadando
 Trabaja por llegar á la ribera
 En busca de salud y de remedio,
 Pero la mar de tumbo lo contrasta
 Y lo detiene hasta que perece:
 Así los mas mañosos y esforzados
 Salidos de un recuento hallan muchos
 Donde se remató su valentía;
 Cayó desta manera Fernán Sanchez,
 Francisco de Moron, Andrés García,
 Tocino, Cañas, Antonio Fernandez,
 Fernando Ramos, Gavilán, Saboya
 Y otros nueve soldados escelentes
 Que cumplieron el número de quince,
 Y los del batallon no fueron parte
 Para tener los indios de las cargas,
 Que cada cual huyó con su carguío
 Llevándoles el oro rancheado
 Con ropa de vestir quellos traian;
 Y Juan Velasco, que la rectaguardia
 Traía, como viesse tanto daño
 Y el desastrado fin que lo amenaza
 Si no hacia mas que lo posible,
 Puso los ojos en el alto cielo
 A Dios pidiendo fuerzas y socorro
 Para poder salir desta presura,
 Y recogidos los que vivos quedan
 Con aquestas palabras los anima:
 «Ea, señores, que si valentía,
 Fuerza, valor, esfuerzo, buena maña
 Quereis perfeccionar, hoy es el día
 Y el colmo de la mas alta hazaña:
 Rompamos, que yo quiero ser la guía,
 Y acordaos que sois hijos de España;
 Tened de Dios enteras confianzas,
 Y él prestará vigor á vuestras lanzas.»
 Aun no bien acabó de decir esto,
 Cuando con otros dos en los caballos
 Que les quedaban vivos baten piernas
 Pegados á las ancas los peones
 Y sus ladinos indios de servicio,
 Los unos á los otros reguardando,
 Y siendo de los perros ayudados
 Rompen por el opuesto remolino
 De bárbaros astiles y macanas,
 Con furiosa rabia traspasando
 Robustísimos pechos de salvajes,
 Hasta que ya tomaron la ribera
 Cercana del Cenú, donde hallaron
 En las barrancas una casa yerma,
 En la cual luego se hicieron fuertes
 Y con los fulminosos arcabuces
 Del áspero furor se defendieron,
 Hasta que ya la noche sobrevino,
 Y los indios con miedo de los perros
 Durante la tiniebla se quedaron
 Gran trecho de la casa desviados,
 Pero velandolos, porque hacian
 Cuenta que ya llegada la mañana
 Con carne de la gente baptizada
 Habian de hacer solemne fiesta;
 Y así cierto cacique, que Tirrome
 Era su nombramiento, desdeñando

CANTO NOVENO.

En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron.

Quando por movimientos de la tierra
 El edificio queda mal parado,
 Los pródigos y cautos moradores
 Suelen con presurosa diligencia
 Apuntalallo lo mejor que pueden,
 Y tienen el aviso necesario
 Para que no les coja descuidados;
 Y así considerando Juan Velasco
 Estar el suyo para dar en tierra
 Si gran solicitud y vigilancia
 Faltaba de por medio, por ser pocos
 Los moradores dél, pues no pasaban
 De treinta y dos varones de pelea,
 Y mucha la pujanza de los indios
 De quienes sospechaba que vernian
 A dar algun asalto y alborada
 Por saber que vinieron de venecida
 Y muchos señalados hombres menos,
 Y querrian tentar, viendo la suya,
 Desarraigar aquella nueva planta,
 El por la sustentar y estar á punto
 Tenia las posibles prevenciones,
 Pero faltábale mantenimiento,
 Falta que los caciques mas cercanos
 Suplian por temor mas que por gana;
 Pero como después de aquella rota
 Quedasen menos blandos que soberbios
 Y no les acudiesen provisiones,
 Vivian en grandísima penuria,
 Y así determinó que parte dellos
 Saliesen á buscar algun sustento,
 Con orden que volviesen brevemente
 Por quedar en gran riesgo los restantes;
 Y otro día después del que salieron
 Estaban de concierto dos caciques,
 Guacuce y Catiburi, con su gente
 De dar en la ciudad y destrulla,
 De que todos estaban ignorantes.
 Salieron pues los quince por comida
 Distancia de tres leguas, y hallaron
 En un pueblo pequeño tanta copia
 Cuanta bastaba para su deseo,
 Sin hallar resistencia ni contraste,
 Porque los moradores dél estaban
 Con todos los demas de aquella junta
 Prestos para salir en su demanda
 A dar en los cristianos otro día,
 Y desta causa se quedaron solas
 Las mujeres y niños en sus casas,
 Las cuales como vieses españoles
 Huyeron á los bosques mas cerrados;
 Y estando con intento los cristianos
 De reposar allí toda la noche
 Porque llegaron algo fatigados,
 Una de aquellas indias abscondidas,
 Quizá de buen espíritu movida,
 Se vino para ellos y les dijo:
 «Y ¿qué haceis aquí, nacion cristiana,
 Bien como si viniédeses á bodas,
 Teniendo ya la muerte tan cercana
 Al albedrio destas gentes todas?
 Creed sin duda que darán mañana
 En vuestro pueblo de San Juan de Rodas,
 Y si no volveis hoy con piés livianos
 Verneis unos y otros á sus manos.»
 Caminad sin ningun detenimiento
 Esto que resta de la luz del día,
 Y no pareis por el impedimento
 Caliginoso de la noche fria;
 Y para que veais que yo no miento
 Me llevareis en vuestra compañía,
 Porque quiero, por las cosas que he visto,
 Tomar la santa fe de Jesucristo.»
 Oidas las razones que creyeron

Del Dios que les habia predicado,
 Con otras amenazas le decia:
 «¡Ah Velasco! ¿qué tal está tu seno
 Y los de tus amigos y parientes?
 Agora que de angustias estás lleno
 Quiero con gran aviso parar mientes
 Si tu Dios que predicas ser tan bueno
 Te libra de mis manos y mis dientes:
 Dile que te dé alas con que vuelles,
 Antes que desollemos vuestras pieles.
 »Porque si no, mi dios se determina
 Que tú con esos pocos compañeros
 Desollados entreis en mi cocina
 Para saborear nuestros gargueros,
 Y satisfecha nuestra golosina
 Manda henchir de paja vuestros cueros
 Y que por vuestro dicho temerario
 Estén colgados en su santuario.»
 Al tiempo que estas duras amenazas
 Percebían los pocos españoles,
 Unos dellos estaban muy alerta
 Velando, y otros dellos hacen balsas
 De palos que sacaban del buhio
 Para se dejar ir el agua abajo
 Hasta llegar á parte mas segura;
 Las cuales, como fuesen ordenadas
 No sin apresurado movimiento
 Y aquellas ligaduras no tan fuertes
 Cuanto con quietud suelen trabarse,
 Después de se embarcar amos y mozos
 Dejando los caballos á sus anchos,
 A poco trecho yendo navegando
 Quebraronse las flacas ataduras,
 Dividense los palos, y quedaron
 Los unos y los otros en el agua:
 Allí la confusion y la revuelta,
 Dolor, temor, fatiga, desatiento,
 Tragos amargos, afliccion, angustia,
 Sordo rumor, sin nadie desmandarse
 A levantar la voz, porque de fuera
 La muerte de quien huyen esperaba,
 Y dentro la tenian ya presente;
 El agua que tomaron por amparo,
 Esa los desarmó de todo punto
 Llevando las pesadas á su centro,
 Y escudos y rodela arrebata
 Encaminándolos tras de sus ondas,
 Y el que por ellas sabe menearse
 Procura de valerse de sus brazos
 Para salir á tierra, mas dos dellos
 En las profundidades se quedaron
 Y algunas indias buenas juntamente.
 Salieron los demas á la ribera
 En agua y en angustias empapados,
 Sin armas, sin comida, sin vestidos
 E ya de todo bien desamparados;
 Mas en el mismo punto se metieron
 Por un espeso bosque, sin que nadie
 Quiera mirar por otro ni lo espere,
 Antes el que mas puede mas camina
 La vuelta de su pueblo, que distaba
 De aquestas poblaciones veinte leguas;
 Y así llegaron en diversos días,
 Descalzados, desgarrados, consumidos
 De hambre, de mosquitos, garrapatas,
 Pero contentos en salir con vida
 De trances tan pegados á la muerte:
 Al fin allá quedaron diez y siete
 Con mas de ochenta piezas de servicio,
 Y la fiel Inés, de quien se dice
 Que viva la partian en pedazos
 Y hablando con ella la comian,
 Con otros cinco de los españoles
 Que vivos los cayeron en las manos,
 Adonde se hicieron crueldades
 De ninguna nacion imaginadas;
 Y aun no se contentó la fatal dea
 Con dar al Juan Velasco tan mal golpe,
 Pero con otro no menos acerbo
 Está con gran furor amenazando,
 Segun declararemos en el canto
 O llanto de su muerte desastrada.

Ser ciertas por las muestras evidentes
Que vieron, y sospechas atrasadas,
Sin mas se detener un solo punto
Cargaron la comida recogida
En piezas y caballos á gran priesa,
Y con la misma fueron caminando
Con claro resplandor y con tiniebla
Sin que perdiesen tiempo, hasta tanto
Que cuando ya la noche demediaba
Se hallaron cercanos de sus casas:
Entraron arma dando por el pueblo,
Donde como velasen los mas dellos
Y estaban temerosos y avisados,
Los unos y los otros brevemente
Salieron á la plaza bien armados
Los caballeros todos y peones,
Y el capitán Velasco los dispuso
Al orden que mejor le parecia
Para poder valerse contra tanta
Muchedumbre de bárbaros, cursados
En guerras y borrascas tan continas;
A lo menos los indios señalados
Fueron mil y quinientos sin la chusma,
Los cuales se venian acercando,
Segun de las señales coligian,
Por oler á humadas de tabaco,
Bijas y tremeninas con que vienen
Untados cuando van á rompimiento;
Y no fueron allí de los anteojos
Que dicen de quien bueyes ha perdido,
Pues salió con la luz el desengaño.
Porque cuando la lumbre del aurora
Venía descubriendo por oriente
Ahuyentando las tinieblas tristes,
Y á los escelsos montes restituíe
Sus colores nativos y verdoros,
Salió la tempestad embravecida
Con los impetuosos accidentes
Que suelen cuando van determinados:
No tigre, no leon, no bestia fiera
Se mueve con denuedo tan terrible
Al tiempo que á la caza se abalanza
Para satisfacer vientre hambriento,
Cuanta fué la braveza y el orgullo
Que muestra la caterva carnífera
En el asalto duro y espantoso,
Con estruendo, ruido y alboroto
De horribles bocinas y cornetas,
De canillas, de brazos ó de piernas
De sus contrarios muertos en la guerra,
Apresurados sonos de atambores
Y voces que confunden los oídos:
Entran volando flechas, duros dardos,
Y piedras de las bondas impelidas,
Picas en escuadron que perturbaban
A los caballos el ontrar por ellos;
Y así los españoles por tres veces
Iban perdiendo tierra de la plaza,
Muchos de las espesas rociadas
De flechas y pedradas mal heridos.
En esta confusion atribulada,
Aquellos que tenían arcabuces
Derribaron algunos de las picas
Opuestas á los que iban á caballo,
Y hubo lugar por donde Juan Velasco
Y Leonel de Ovalle, que mil veces
Tentaron de rompellos y volvian
Al lugar do salian mal su grado,
Entraron en la fuerza mas entera,
Abriendo la carrera mas á gusto
Para poder valerse de las lanzas;
Acuden con espadas y rodela
Pero Sanchez de Oviedo, varon fuerte,
Pero Fernandez de Rivadeneyra,
Juan Ruiz Ruvian, ambos gallegos,
Un Antonio Machado, lusitano,
Manuel Ruviales de Alcanchele
Y Juan Garcia Sátiva, nacido
En las tierras del campo de Arañuelo;
Acompañólos Juan Alonso Rubio
Ansimismo siguiendo los caballos,
Aquellos con las lanzas penetrantes

Y estos con las espadas afiladas;
Hechos tan señalados van haciendo,
Que no parecen ser fuerzas humanas:
Rompen cabezas, descoyuntan miembros,
Traspasan pechos, hombros desencasan,
En tal manera que la sangre corre
Por el compás del áspero conflicto,
Como nubes en agua ya resueltas
Que de los recios vientos sacudidas
Los sitios á que son correspondientes
Aniegan con la fuerza de sus gotas.
Acuden los restantes al triunfo,
Y declaróse mas con su venida,
Porque los bárbaros desordenados
De todo punto huyen, y volvieron
Mas de trescientos menos á sus casas,
Dejando de los nuestros con heridas
De yerba ponzoñosa diez ó doce,
Entrellos Juan Velasco, traspasado
Un brazo, y un flechazo por la cara,
Y el caballo de Leonel de Ovalle
Con siete, de los cuales uno pasa
Las fuertes armas de algodón colchadas,
Los bastos de la silla, la madera,
Sin que parase hasta las entrañas,
Quedando, no sin gran dolor del dueño,
Del resuello vital desamparado;
Otro le dieron á Rivadeneyra
Que entró por la nariz, y mas de palmo
De flecha le salió por el oreja.
Cantada la victoria, que podria
Canonizarse por maravillosa,
Socorren los heridos con la cura
Que hallan ser mejor contraveneno;
Mas en algunos fué la diligencia
Baldía, pues murieron tres ó cuatro,
Entrellos Juan Velasco su caudillo,
Valiente capitán y circunspecto,
Mancheño, natural de la Membrilla,
Por cuya desastrada muerte todos
Quedaron tristes y desconsolados;
Y como los negocios que entre manos
Tenian de la guerra comenzada
Eran de condicion que les cumpla
Tener grandes avisos y concierto,
So pena de perder allí las vidas,
Determinaron de nombrar cabeza
A quien prestasen todos obediencia,
Y en tal necesidad el orden diese
Que para su salud menester era;
Y así de voluntad de todos ellos
Salió nombrado Leonel de Ovalle,
Bastante para paz y para guerra,
El cual importunado de sus ruegos
El cuidado tomó sobre sus hombros,
Y vista la flaqueza que tenían
Para perseverar en aquel sitio
De gente tan guerrera rodeado,
Después de congregados los vecinos
Les dijo las palabras que se siguen:
« Señores, entended que donde quiera
A vuestra voluntad estoy rendido;
Pero, segun la mia, mas quisiera
Obedecer que ser obedecido,
Porque de mi conozeo que cumpliera
Lo que por otro fuera proveído,
Pasando bien ó mal esta tormenta,
Sin que los yerros fueran á mi cuenta.
» Pero, pues os parece conveniente
Seguir mis pareceres y mi traza,
Considerando bien aquel terrible
Furor con que esta gente nos da caza,
Digo que los que sois es imposible
Poderos sustentar en esta plaza;
Y antes que llegue nuevo torbellino
Será bueno ponernos en camino.
» Error es esperar otra refriega
En tierra de tan áspero montisco,
Porque si mas pujanza se congrega,
El pueblo todo lleban abarrisco;
Y así, para gozar de rasa vega,
Pasémonos al valle de Norisco,

Pues en aquel, demás de ser mas llano,
A Santafé tenemos mas á mano.
» A todos les cuadró lo que decia
Y luego lo pusieron en efecto,
Mas no pudieron tan secretamente
Que de los mas cercanos enemigos
No se supiese luego la partida;
Los cuales acudieron como lobos
Hambrientos á la presa que pretenden,
Y sin que reparasen un momento
Les fueron dando caza por aquellos
Caminos asperisimos que llevan,
Que hasta la provincia de Norisco
De siete leguas era la distancia.
Al fin les ocuparon ciertos pasos
Forzosos en aqueste su viaje
Los indios repartidos en tres partes,
Sin que dejasen senda ni portillo
Por adonde pudiesen deslizarse.
Están los afligidos españoles
Entre los unos y otros afirmados
Ya sin ningun recurso de comida
Llenos de angustias y desconfianza,
Y en un trabajo mas que miserable:
Un escuadron de bárbaros tenia
La contraria ribera de aquel rio
Que corre por el valle de Itúango,
Viaje de mas cómodo camino
A no tener aquel impedimento,
Azar terrible para su pasaje.
Estos serian hasta cuatrocientos
En una casa grande rancheados
A vista de los nuestros, y que siempre
Les daban grita con palabras feas,
Y denunciándoles infausta muerte.
El Leonel de Ovalle, conociendo
La desventura que los amenaza,
Y condoliéndose de las mujeres,
Muchachos y la chusma de sirvientes,
Que después del favor de Dios estaban
En sus industrias buenas confiados,
Batió las alas del entendimiento
Para ver si podia dar alcance
A traza que les fuese saludable
En trance de salud enajenado,
Y donde los ministros de la muerte
Iban en crecimiento por momentos.
Al fin en un intento resuelto,
Llamó quince soldados valerosos,
Que por corrientes de profundas aguas
Sabian menear piernas y brazos,
Y dijoles: « Allí tenéis enfrente
Quien de lo que hará nos desengaña,
Y todos conozeis precisamente
Adonde llega su rabiosa saña;
En un riesgo tan claro y evidente
Es menester valor y buena maña,
Y que de nuestra parte se procure
Algo que nuestras vidas asegure.
» Y en esta confusion entristecida
Habemos de tentar alguna suerte,
La cual, si no saliere bien medida,
A lo menos es bien que se concierte,
Pues es para remedio de la vida,
Y no venir á deshonrada muerte;
La divina bondad su favor preste
Al orden que daré, que será este:
» Por selles este rio como muro,
Aquellos bárbaros duermen sin velas:
Podemos bien pasallo con obscuro
A nado, con espadas y rodela;
Bajarnos hemos á lugar seguro
Hasta que se amortigüen sus candelas,
Señal del soporifero beleño.
Y entonces les daremos mortal sueño.
» Dudosos estuvieron muchos dellos
Por se poner en riesgo conozeido;
Mas viendo ser mayor el que esperaban
Segun la gente que se congregaba
Para romper con ellos otro día,
Dijeron selles útil el consejo,
Y á morir ó vivir les convenia

Hacerse prestos al dudoso hecho
Y así cuando las alas de la noche
Cubrian y ocultaban los colores
De selvas y de prados con el suyo,
Y á visual potencia perturbaban
Lentos y soporíferos dulzores,
El Leonel de Ovalle con los quince
Por presurosas aguas van nadando,
Llevando cada cual de leves palos
A modo de escalera cierta balsa,
Porque con menos riesgo y mas descanso
Llevaron las espadas y rodela,
Con el cual adminículo seguros
Llegaron á poner los piés en tierra,
Y después de cobrar algun aliento
Hicieron oracion devotamente.
Partieron luego los determinados
Varonés á su célebre hazaña
Con pasos atentados y movidos
Por las inteligencias del engaño,
Los corazones prontos, manos prestas,
Tentadas de rabioso rompimiento;
E ya cuando llegaron poco trecho
De la pajza casa, vieron velas
Que segun pareció hacian guardia:
Altéranse los pechos, y el enojo
Crió nuevos alientos, y acometen
Con la velocidad que jerifalte
Se va precipitando tras la presa;
Los unos en las velas ensangrientan
Espadas afiladas, y los otros
Ocuparon la puerta de la casa.
Recuerdan al ruido los que duermen:
Corre la confusion y el alboroto,
Por una y otra parte murmurando
Un bullicioso son y descompuesto,
Como cuando de puercos muchedumbre,
En el nocturno tiempo, de algun tigre
Fueron en los corrales asaltados,
Que suenan los ronquidos presurosos,
Y de los dientes y colmillos duros
Las amenazadoras tenazadas:
Que tales parecian los estruendos
De los arcos, macanas y las lanzas,
Al tiempo que en el ciego sobresalto
Las unas se tocaban con las otras
Para salir al campo donde puedan
Valerse de sus manos y pertrechos.
Baldías diligencias y perdidas,
Pues entre tanto que unos españoles
Impiden la salida, dividiendo
Cabezas de los hombros, tres ó cuatro
Por diferentes partes ponen fuego:
Estiéndense las llamas presurosas,
De los ventosos soplos impelidas,
Y así sin escapar cosa viviente
Quedaron convertidos en carbonos,
Y nuestros españoles victoriosos
Inmensas gracias dan al alto cielo.
Los cuales cuando por doradas puertas
Salían apolíneos yugales,
Y nocturno rocío relumbraba,
Herido de los rayos matutinos,
Dan orden como pasen sin peligro
El rio los restantes españoles
Y los imbeles niños y mujeres
Con toda la familia de servicio,
Sin que de los demás bárbaros, puestos
En otros pasos, fuesen contrastados,
Antes como supieron el suceso.
Se volvieron confusos á sus casas.
Los nuestros prosiguieron su camino
Hasta llegar al valle de Norisco,
No sin deseo de le dar noticia
Al Andrés de Valdivia de sus daños;
Pero para hacer este recado
No se hallaba via ni remedio,
A causa de que ya toda la tierra
Estaba con rigor en armas puesta.
Mas como la veloce fama tiende
Por varias bocas acontecimientos,
Fuése de pueblo en pueblo rezumando